

centro de París; y un Fernández ó un González jamás podrá llamarse basko, así vea la luz primera en lo más escondido de los montes de Gipuzkoa. Tendría gracia que un judío se creyera babilonio por haber nacido á orillas de Eufrates en tiempo de la cautividad, ó que un zulú se llamase inglés y amase como á su Patria á Inglaterra y considerase como propias las glorias de esta Nación, por la chiripá de haberle parido su madre en London, ó que un japonés gritara «¡Viva Rusia! Rusia es mi patria», porque sus padres, deportados á la Siberia, le dieron allí la vida. Ni habría en este caso Patria para el hombre nacido en un buque que navega por medio de los mares. No, no; eso que llamamos Patria, con los afectos que inspira, con los entusiasmos que infunde, con los sacrificios que exige, supone en los que la forman un vínculo más estrecho que el que consiste en haber nacido en la misma región del globo; supone identidad de origen, identidad de carácter, identidad de costumbres, identidad de lengua, identidad de glorias y desdichas.

22—Luego para conocer cuál es la Patria de una persona, ¿no será necesario saber en qué lugar ha nacido?—No, señor; como no es necesario saber la casa donde ha nacido uno, para conocer si pertenece á tal ó cuál familia; que no se es de la familia de Juan por haber nacido en casa de Juan, sino por ser hijo ó pariente de Juan.

23—¿A qué hay que mirar, pues, para conocer la Patria de un individuo?—A la raza á que pertenece, ó lo que tanto monta, al apellido que lleva.

24—¿Coligese de lo dicho que la Patria es algo fijo, estable, permanente, libre de las mudanzas del capricho humano?—Sí, señor, y, quiera ó no quiera, un Lizarraga será siempre basko, aunque nazca en un cortijo de Jeréz ó una pampa de la